

LOS ORÍGENES DE LA VIOLENCIA DE LOS JÓVENES

THE ORIGINS OF YOUTH VIOLENCE

RICHARD E. TREMBLAY¹

Universidad de Montreal

Recibido 10-11-02

Aceptado 25-2-03

Resumen

La violencia de los jóvenes es una preocupación de gran importancia en todas las sociedades. Para impedir esta violencia necesitamos comprender cómo niños inocentes se convierten en adolescentes violentos. Los estudios longitudinales que utilizan muestras amplias de niños que abarcan desde la infancia hasta la edad adulta, indican que la edad donde se produce la agresión física máxima es el tercer año después del nacimiento. Afortunadamente, la agresión física de los niños de dos años, por su tamaño, no constituye una amenaza importante para la gente. Es algo providencial que la mayoría de los niños aprenda a controlar estos comportamientos socialmente perjudiciales antes de empezar el colegio. Este desarrollo natural, sugiere que la edad preescolar representa la mejor oportunidad para impedir el desarrollo de aquellos casos de agresión física crónica. Por lo tanto, lograr calles seguras podría empezar con una educación de calidad temprana.

Abstract

Youth violence is a major public concern in all modern societies. To prevent this violence we need to understand how innocent young children grow into violent adolescents. Longitudinal studies of large samples of children from infancy to adulthood indicate that the peak age for physical aggression is the third year after birth. Fortunately, because of their size, physical aggression from two-year-olds does not constitute a major threat to the public. It is also providential that most children learn to control these socially disruptive behaviours before they enter school. This natural course of development suggests that the preschool years are the best window of opportunity to prevent the development of cases of chronic physical aggression. Safe streets could thus start with quality early education.

Palabras clave: Violencia, Jóvenes.

Key words: Violence, Youth.

¹ Profesor en el Departamento de Psiquiatría y Psicología de la Universidad de Montreal, y Director de la Unidad de Investigación de la desadaptación psico-social de los niños en la Universidad de Laval.

Introducción

«Sobre el Salvaje de Aveyron en París se generaron grandes pero poco razonables expectativas, olvidando que nuestros órganos son poco flexibles y que la imitación es mucho más difícil cuando uno está aislado de la sociedad durante la infancia. Por eso, creyeron que la educación de este individuo sólo requeriría unos pocos meses ...» Jean Itard (1801, páginas 130-131).

El riesgo de cometer un delito violento es más alto durante la adolescencia. Como la violencia de los adultos está generalmente relacionada con una historia de violencia juvenil (Farrington, 1994; Huesmann et al., 1984; Serbin et al., 1991 y Serbin et al., 1991), se supondría que reducir la violencia juvenil también reduciría la violencia de los adultos. Por lo tanto, la reducción de la violencia juvenil, a la larga, debería tener un gran impacto sobre toda la violencia en el seno de una sociedad.

La violencia durante la adolescencia

La mayoría de los estudios criminológicos se han focalizado en jóvenes de 12 a 18 años. Durante este periodo son más fuertes físicamente, su competencia cognitiva se incrementa (p.ej., son más eficaces en esconder sus intenciones), son sexualmente maduros, piden y obtienen más libertad para emplear su tiempo sin supervisión adulta, y tienen acceso a más recursos, como el dinero y el transporte, lo cual incrementa su capacidad de satisfacer sus necesidades.

Puede que este rápido desarrollo bio-psico-social sea suficiente para explicar por qué la adolescencia es un periodo de la vida en el que hay más oportunidades y motivos para el comportamiento antisocial. Los adolescentes carecen de experiencia con sus iguales o posibles parejas sexuales y se sienten presionados para elegir una carrera, o trabajar en la escuela. Puede que estos factores expliquen por qué, proporcionalmente, más adolescentes que adultos recurren al comportamiento violento.

La mayoría de los adolescentes cometerá infracciones legales menores (Farrington et al.,

1987). Las encuestas basadas en la población han mostrado, sistemáticamente, que una pequeña proporción de adolescentes (aproximadamente el seis por ciento) es responsable de la mayor parte de los actos violentos y son objeto de detenciones. Del número total de los casos que se procesan anualmente en los juzgados de menores, de Canadá, menos de una cuarta parte son violentos, y en casi la mitad de estos casos los cargos principales son de agresión menor.

El reto es explicar por qué algunos adolescentes y adultos recurren a menudo a un comportamiento físicamente agresivo mientras otros no lo hacen. Aunque son relativamente pocos, asustan a una gran parte de la población, y representan un gran sufrimiento para sus víctimas, sus familias y ellos mismos. También es más probable que los adolescentes con problemas de comportamiento estén en el paro, tengan una salud deficiente o problemas mentales.

La agresión física durante la infancia

Un número de los casos más destacados han mostrado de manera conmovedora que el comportamiento extremadamente violento no aparece repentinamente en la adolescencia. Por ejemplo, en febrero de 1993, dos niños de 10 años mataron a golpes a un niño de 2 años que arrebataron a su madre en un centro comercial de Liverpool (Montreal Gazette, 1993). En 1994, el mundo estaba sorprendido de nuevo al saber que en el tranquilo país de Noruega dos niños de 6 años habían matado a patadas y con piedras a una niña de 5 años (The Gazette, 1994). Al otro lado de la frontera canadiense, en Marzo de 2000, un niño de una guardería de Michigan utilizó una pistola semi-automática para matar a una compañera en el aula (Rosenblatt, 2000).

Estos casos raros nos sirven para recordar que los niños pequeños pueden ser extremadamente violentos. De hecho, los estudios longitudinales con amplias muestras de chicos y chicas, a los que se les realizó un seguimiento desde su entrada a la escuela hasta finales de la adolescencia, muestran claramente que los niños pequeños son más agresivos físicamente, mientras que, cuando se hacen mayores, generalmente, recurren cada vez menos al comportamiento físicamente agresivo (Cairns et al.,

1994 y Choquet 1996). Datos representativos del «National Longitudinal Survey of Children and Youth» (NLSCY) (Encuesta Nacional Longitudinal de Niños y Jóvenes), con una muestra aleatoria de 16,038 niños canadienses de 4 a 11 años, confirman este patrón de desarrollo. Como se ve en la Figura 1, los niños y niñas de cuatro años tienen los niveles más altos de agresión física, mientras los niños y niñas de 11 años muestran los niveles más bajos. Como se esperaba, en cada edad las niñas tienen niveles de agresión física inferiores a los niños. Los datos están basados en los informes de las madres sobre el comportamiento de sus hijos. Sin embargo, estudios que utilizan profesores, compañeros y «autoinformes», han encontrado las mismas tendencias de desarrollo (Cairns et al., 1989).

Es interesante que estos patrones sean completamente opuestos en el caso de la agresión indirecta, que se define como un comportamiento dirigido a hacer daño a alguien sin el

uso de la agresión física. Por ejemplo, un niño que está enfadado con alguien, puede decir cosas malas a las espaldas del otro o puede convencer a otros para que esa persona les caiga mal. Como se ve en la Figura 1, las niñas tienen niveles más altos de agresión indirecta en cada edad desde los cuatro años hasta los once, y el nivel de agresión indirecta se incrementa con los años en chicas y chicos (Björkqvist et al., 1992). Por lo tanto, el proceso de socialización incluiría el aprender a emplear medios de agresión indirectos en vez de agresión física.

Observando el tipo de datos presentados en la Figura 1, la mayoría de la gente aceptará que la mayor parte de los niños son cada vez menos agresivos físicamente con el paso del tiempo. Pero seguirá creyendo que una minoría de niños empieza o incrementa la frecuencia de sus actos conforme se van haciendo mayores. Nagin y Tremblay (Nagin et al., 1999) han tratado este tema, intentando identificar las trayectorias del desarrollo de la agresión física según

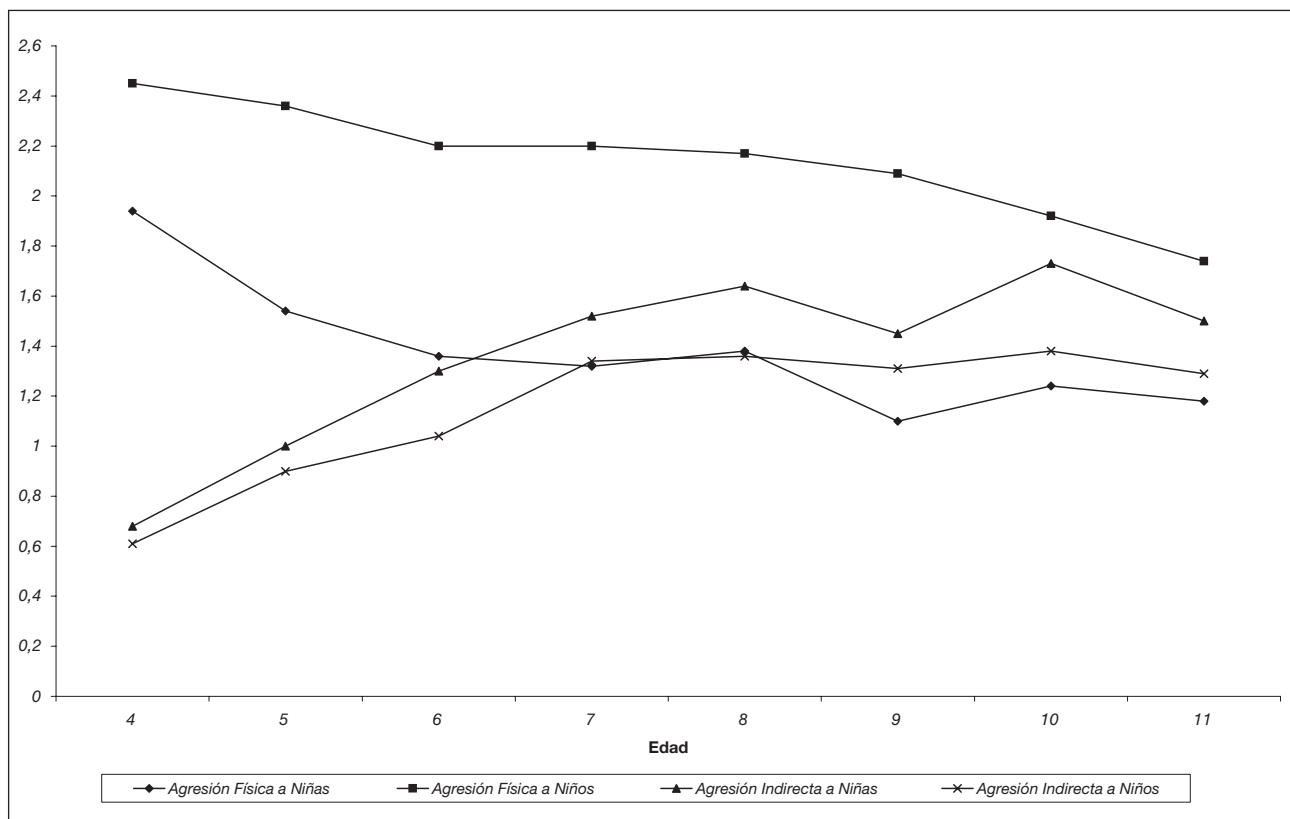


Figura 1. Agresión física e indirecta en niños y niñas de 4 a 11 años.

las indicaciones de los profesores, en una muestra de niños de zonas socio-económicamente pobres en Montreal. Esos niños fueron evaluados regularmente desde la guardería hasta el instituto (Figura 2): el 17 por ciento de los niños no parecía haber sido nunca físicamente agresivos; el 4 por ciento mostró una alta frecuencia de agresión física desde los seis años hasta los 15; el 28 por ciento empezó con un nivel alto de agresión física con seis años y con el tiempo se volvieron cada vez menos agresivos, mientras la mayoría (52%) tenía un nivel bajo de agresión física a los seis años y con el tiempo se volvieron menos agresivos. A diferencia de las hipótesis sobre el comienzo tardío del comportamiento anti-social (Moffitt, 1993^a y Patterson et al., 1989), Nagin y Tremblay no encontraron ningún grupo de niños en el cual pareciera haber un «comienzo» y mantenimiento de niveles moderados o altos de agresión física durante un número significativo de años después de la edad de seis años.

También observaron que para cada grupo de niños, el nivel máximo en la frecuencia de agresión física se producía durante el primer año del estudio, cuando estaban en la guardería.

Estos resultados cuestionan claramente la idea de que la frecuencia de los actos de agresión física incrementa con la edad. También cuestionan la noción de que hay un grupo significativo de niños que muestran agresión física crónica durante la última parte de la infancia. Si, entre la guardería y el instituto, los niños muestran el nivel máximo de agresión física en su primer año de guardería, ¿cuándo empiezan realmente a ser físicamente agresivos?

La naturaleza de los años preescolares: Hobbes, Rousseau y pruebas recientes

Sorprendentemente, hay pocos estudios longitudinales que hayan intentado registrar el desarrollo de la agresión física durante los años

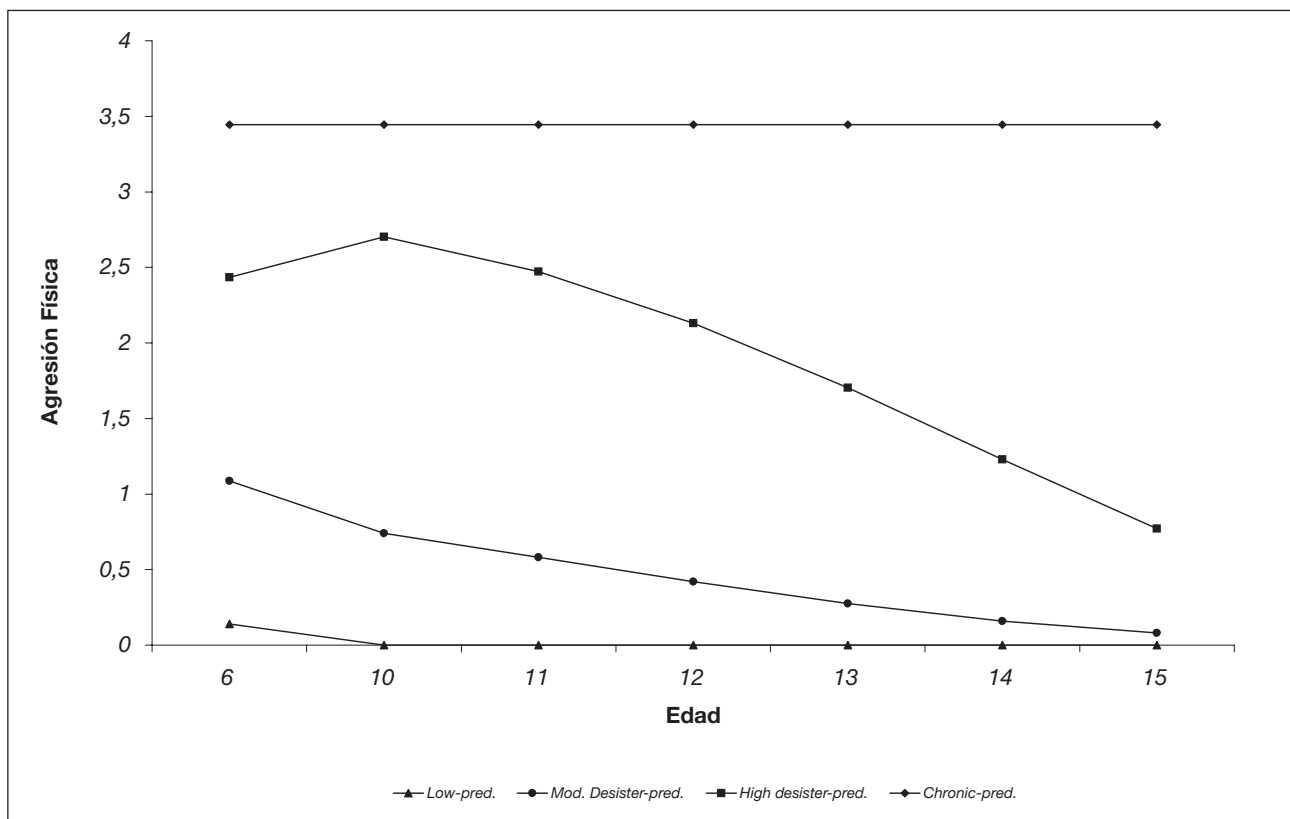


Figura 2. Trayectorias evolutivas de la agresión física en niños de 6 a 15 años.

preescolares. Esta falta de atención a la agresión física durante los primeros años, parece ser el resultado de la creencia de que la agresión física aparece durante los últimos años de la infancia y al principio de la adolescencia como resultado de las malas influencias de sus compañeros, la violencia en la televisión y el aumento en los niveles de hormonas masculinas (Elliott et al., 1985; Ellis et al., 1990 y Huessmann et al., 1994). Este punto de vista de desarrollo antisocial fue claramente descrito por Jean-Jacque Rousseau (Rousseau, 1979) hace más de 200 años. La primera frase de su libro *Émile*, sobre el desarrollo y educación de los niños, dice claramente: «Todo es bueno cuando abandona las manos del Autor de las cosas; todo se degenera en las manos del hombre». Unas páginas después es todavía más explícito y parece estar escribiendo la agenda para una investigación del siglo XX sobre el desarrollo del comportamiento antisocial: No hay pecado original en el corazón, el cómo y el por qué de la entrada de cada vicio puede ser delimitado». La posición de Rousseau estaba claramente opuesta a la de Hobbes (Hobbes, 1958 y 1998), quien, un siglo antes, describió a los niños como máquinas egoístas en busca de placer y poder, y declaró: «Es evidente, por lo tanto, que todos los hombres (como todos nacieron niños) nacen sin estar capacitados para la sociedad; y muchísimos (quizá la mayoría) permanecen así durante toda la vida, debido a la enfermedad mental o falta de disciplina. Por lo tanto, el hombre se capacita para la sociedad no por naturaleza, sino por entrenamiento (Hobbes, 1998).»

Este debate tiene consecuencias trascendentales, no sólo para los investigadores del desarrollo infantil y los educadores, sino también para los científicos, filósofos y los que formulan la política. Como el debate subyacente está claramente arraigado en nuestro punto de vista de la naturaleza humana, no sorprende que los investigadores probablemente prefieran el origen del comportamiento agresivo que mejor se ajuste a su visión de la naturaleza humana, y a su compromiso político. Sin embargo, como la mayoría de los filósofos políticos parecen estar de acuerdo en que la sociedad debe ser construida sobre las tendencias naturales del hombre, es sorprendente que la investigación del desarrollo de la infancia temprana no haya sido una prioridad para las ciencias sociales.

Los estudios longitudinales que utilizan muestras reducidas de niños preescolares han encontrado que los «bebés» físicamente más agresivos suelen continuar siendo preescolares agresivos (Cummings et al., 1989 y Keenan et al., 1994). Sin embargo, los informes de las madres sobre la agresión física de sus niños desde la primera muestra de la *NLSCY* indican que la frecuencia media de agresión física alcanza su punto máximo a finales del segundo año después del nacimiento y luego desciende paulatinamente (Tremblay et al., 1996).

Así que, si la frecuencia de la agresión física llega a su máximo nivel al final del segundo año de nacimiento, ¿en qué edad comienza la agresión física? En un estudio longitudinal con una muestra amplia de bebés nacidos en la provincia de Quebec a mediados de 1990 (ver figura 3), se pidió a las madres que indicasen la frecuencia de las agresiones físicas en las edades comprendidas entre 17 y 30 meses y que indicasen en qué edad el niño había empezado a mostrar tal comportamiento (Tremblay et al., 1999). Con 17 meses, casi el 90 por ciento de las madres informó de que su hijo fue agresivo hacia otros en alguna ocasión. La Figura 4 muestra la edad acumulativa del comienzo de los ataques físicos contra otros. Con 17 meses, según los informes de las madres, el 20,2 por ciento de los niños pegaron a otros. Esta cifra se había incrementado hasta un 25,9 por ciento con 30 meses. Uno de los resultados más interesantes de este estudio es el hecho de que las madres que informaron que con 17 meses su hijo había empezado a pegar a otros parecían haber olvidado en unos meses este comienzo temprano al informar que, con 30 meses, sus hijos habían empezado a pegar a otros después de los 17 meses. Este fallo de memoria cuando los niños van siendo mayores, más altos y grandes, podría explicar en parte por qué los padres de adolescentes físicamente agresivos dicen que los problemas de agresión sólo empezaron un año o dos antes (Loeber et al., 1998).

¿Por qué los primeros años son tan importantes?

¿Cómo se puede explicar el incremento y la disminución del comportamiento físicamente

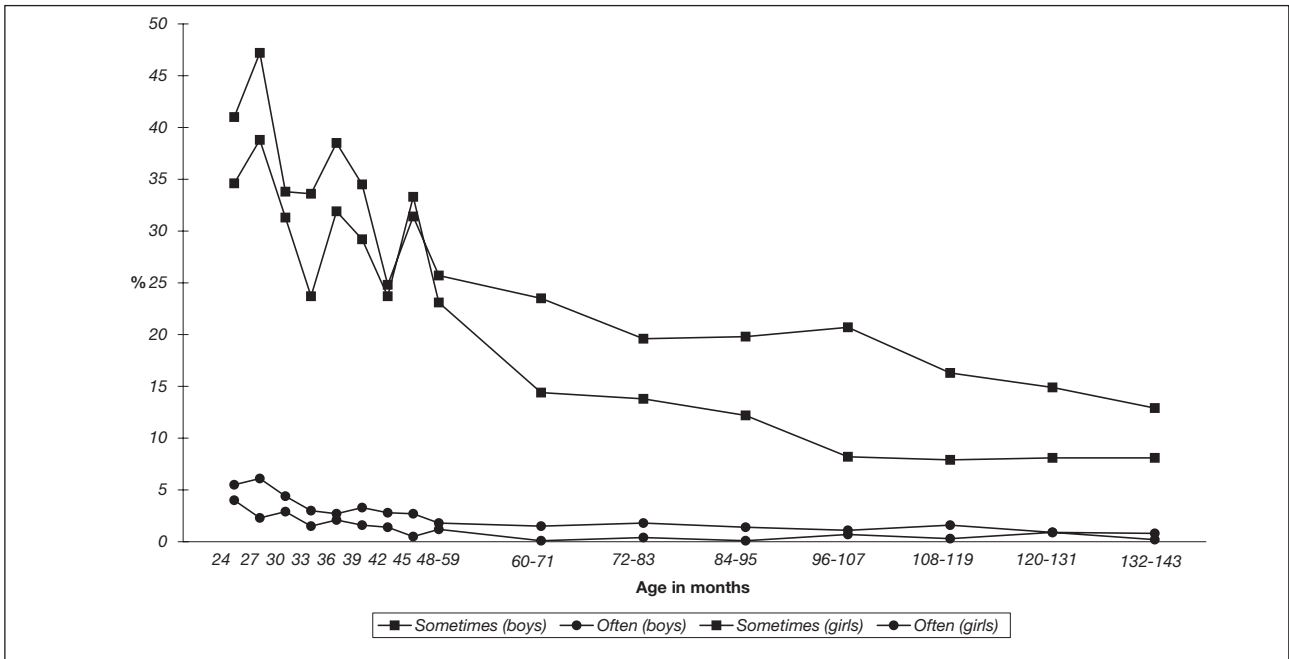


Figura 3. Frecuencia en golpear y morder en niños de 2 a 11 años. Tremblay et al. (1996).

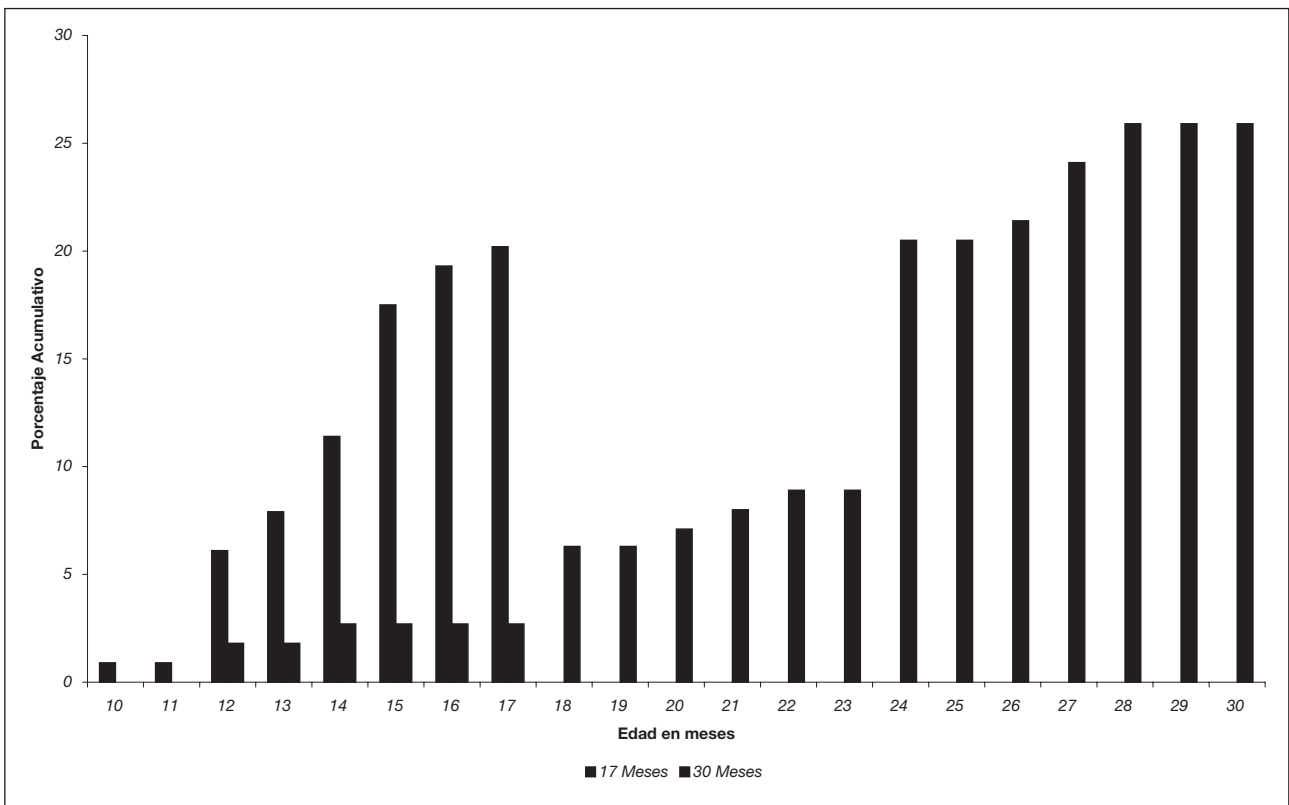


Figura 4. Edad acumulada del comienzo del ataque a otros antes de los 31 meses.

agresivo y perjudicial durante la infancia temprana? Se podría esperar que el desarrollo físico, cognitivo, y emocional tuvieran un papel importante. Dentro de los primeros 24 meses después del nacimiento, los bebés crecen en altura más de un 70 por ciento, y casi triplican su peso. Al nacer, los bebés apenas pueden alzar la cabeza, nueve meses después pueden moverse a gatas, con 12 meses pueden caminar, y con 24 meses pueden correr y subir escaleras. Comparado con otros periodos de desarrollo; los primeros años son de «fast forward» (progreso rápido).

La capacidad de agarrar objetos es un avance importante para las interacciones sociales. Al nacer los bebés no controlan sus brazos, con seis meses pueden extenderlos y agarrar objetos. Si ven un juguete interesante en las manos de otro niño de seis meses, extenderán los brazos y cogerán el objeto. Habrá una lucha por el juguete si el otro niño no lo suelta. Observen que, con seis meses, el niño no tiene la capacidad lingüística de pedir el juguete al niño –esta habilidad vendrá más tarde– pero la frecuencia y complejidad de las interacciones entre los bebés y otras personas en sus ambientes incrementan por lo menos tan rápidamente como su crecimiento físico. Durante el tiempo que pasa despierto el niño explora su entorno. Antes de tener 12 meses, pasa la mayor parte de su tiempo de juego explorando un objeto cada vez. Entre los 12 y 18 meses, imita a solas las actividades de la vida real. Al final del segundo año fingen que juegan con otros (Rubin, et al., 1983).

Por lo tanto, durante los primeros 15 meses después del nacimiento, con una movilidad física y competencia cognitiva incrementadas, los niños son cada vez más capaces de descubrir su entorno. La frecuencia de su interacción con sus compañeros se incrementa espectacularmente y el jugar con otros aumenta desde el final del primer año hasta al final del segundo año (Ross, et al., 1977). Este es el periodo en el que el índice de agresión física asciende al máximo. Con esta edad, los niños exploran interacciones sociales a través de sus habilidades recientemente adquiridas, andar, hablar, correr, agarrar, empujar, dar patadas y lanzar.

La mayor parte de sus interacciones son positivas, pero sus conflictos son más frecuen-

tes (Restoin et al., 1985 y Hay et al., 1982). La mayoría de estos conflictos se deben a la posesión de objetos. Durante éstos los niños aprenden que pueden hacer y recibir daño. La mayoría de los niños saben rápidamente que un ataque físico a un compañero será contestado con un ataque físico, y que los adultos no toleran este comportamiento. La mayoría de los niños aprenden a esperar a que el juguete esté libre, y a pedir juguetes en vez de coger los de otros, y así evitar interacciones negativas.

El aprender a esperar algo que quieres (retraso de la gratificación) (Mischel et al., 1989) y aprender a usar el lenguaje para vencer a los otros para que satisfagan tus necesidades, puede ser uno de los factores de protección más importantes contra la agresión física crónica. Stattin y Klackenber-Larsson (Stattin et al., 1993) mostraron que las habilidades lingüísticas entre los 18 y 24 meses eran un buen pronóstico de la criminalidad adulta, en una muestra de varones suecos seguidos desde su nacimiento hasta la edad adulta. De hecho, numerosos estudios han mostrado una correlación inversa entre las habilidades verbales y la impulsividad y el comportamiento criminal (Moffitt, 1993b). Necesitamos comprender los mecanismos que subyacen a estas asociaciones que claramente operan en los primeros dos años de vida.

A los 12 meses, los niños tienen los medios físicos, cognitivos y emocionales para ser físicamente agresivos hacia los otros. Parece que la mayoría pegan, muerden o dan patadas a otro igual en algún momento determinado o incluso a un adulto. Las características individuales de los niños pueden explicar parte de la varianza en la frecuencia y estabilidad de este comportamiento, pero también la calidad de las relaciones de los niños con su ambiente, y la reacción del ambiente a este comportamiento, serán probablemente factores importantes. Si los niños están rodeados por adultos y por otros niños que son físicamente agresivos, probablemente aprenderán que la agresión física forma parte de las interacciones sociales diarias. Por otra parte, si un niño vive en un ambiente que no tolera agresión física, y premia el comportamiento pro-social, es probable que adquiera el hábito de utilizar otros medios diferentes a la

agresión física para obtener lo que él o ella quiere o para expresar frustración.

Conclusión

Claramente, Platón, San Agustín, Erasmus y Hobbes comprendieron la importancia de la educación temprana para crear una sociedad cívica. Rousseau describió correctamente a *La República* de Platón como un libro sobre la educación. En «La Ley», Platón definió la educación temprana, como un aprendizaje de hábitos adecuados como respuesta al placer y al dolor. 750 años más tarde (¡hace 1600 años!) San Agustín de Thagaste pudo haber escrito la página más sensata sobre la agresión. En el séptimo capítulo de *Confesiones* describe las agresiones físicas de los niños y concluye: « Por lo tanto no es la voluntad del niño, que es inofensiva, sino la debilidad de los miembros del niño... Estas cosas son fácilmente soportables no porque tengan poca o ninguna importancia, sino porque desaparecerán con la edad. Esto se puede demostrar a partir del hecho de que las mismas cosas no pueden ser soportadas con paciencia en una persona mayor» (Saint Augustine, 1960). Más de mil años después Hobbes, en *De Cive* («Sobre el ciudadano»), hace una declaración parecida cuando refiere al hombre malo como un niño robusto.

En su intento de culpar a las artes, las ciencias y la civilización en general, por las desigualdades entre los hombres, Rousseau inventó un niño humano, nacido inocente, el cual había sido alejado de la sociedad hasta el principio de la adolescencia. Viviendo solo con la naturaleza era la mejor manera de que el niño pudiera seguir su proceso natural y evitar ser corrompido por la sociedad (Cranston, 1991). Los niños tenían que ser alejados de sus compañeros y de los libros. Como quiera que sea lo que condujo a Rousseau a esta percepción romántica del desarrollo del niño, parece ser una experiencia extremadamente común. Muchos adultos de finales del siglo XX, incluyendo psicólogos y psiquiatras, parecen estar convencidos de que el comportamiento social es natural («un don de Dios» o «genético») y el comportamiento antisocial es aprendido. Por ejemplo, el aprendizaje social ha sido una de las teorías más influyentes

en el área del desarrollo infantil en los últimos treinta años. En su libro *Agresión* (Bandura, 1973) expone una de las teorías de aprendizaje social más importantes, empezando su capítulo «Los orígenes de la agresión» con la siguiente frase: «La gente no nace con repertorios preformados del comportamiento agresivo; deben aprenderlos de una manera u otra» (Página 61).

Para los que creen que Rousseau es el causante de esta actitud hacia el desarrollo infantil, consideren el hecho de que 200 años antes de la publicación de *Émile*, Erasmus en su «Declamación sobre el tema de educación liberal temprana para niños» criticó a los que «mantuvieron por un espíritu falso de ternura y compasión, que se debe dejar a los niños solos hasta la adolescencia» y argumentó que «Uno no puede enfatizar demasiado la importancia de los primeros años en el trayecto que el niño seguirá durante toda su vida» (Erasmus of Róterdam, 1985).

Los estudios longitudinales del siglo XX con miles de sujetos desde su infancia hasta la edad adulta han confirmado la experiencia del viejo filósofo. Los niños que no aprenden las alternativas a la agresión física durante los años preescolares corren el riesgo de tener un gran número de problemas. Suelen ser hiperactivos, poco atentos, ansiosos y no ayudan a otros que lo necesitan; son rechazados por la mayoría de sus compañeros de clase, tienen malas notas y su comportamiento altera las actividades escolares (Tremblay et al., 1996; Vitaro et al., 1992 y Haapasalo et al., 1994). Por lo tanto son sacados rápidamente de su grupo natural y puestos en clases especiales, escuelas especiales e instituciones con otros «deviants» (apartados), la situación más propicia para reforzar el comportamiento marginal (Haapasalo et al., 1994 y Dishion et al., 1999). Están entre los más delincuentes a partir de la pre-adolescencia en adelante, son los primeros en utilizar sustancias, e iniciar relaciones sexuales, los que más riesgo corren de dejar los estudios, tener un accidente grave, ser delincuentes violentos, ser denunciados por La Ley de Menores y ser diagnosticados con algún trastorno psiquiátrico (Haapasalo et al., 1994; Nagin et al., 1999; Dobkin et al., 1995 y Tremblay et al., 1995).

Desde esta perspectiva, la falta de aprendizaje de alternativas a la agresión física en los

primeros años parece tener consecuencias negativas a largo plazo en la adaptación social de un individuo, lo cual Hobbes describió en su *De Cive* (1647). Los estudios modernos que han seguido a los niños agresivos hasta su edad adulta han mostrado que realmente existen consecuencias extremadamente negativas, no sólo para los individuos agresivos, sino también para sus compañeros, hijos y las comunidades donde viven (Farrington et al., 1987; Huesmann et al., 1994; Serbin et al., 1991 y Serbin et al., 1991). Las bases están sentadas para una paternidad precoz, desempleo, violencia familiar y una segunda generación de niños pobres, educados en un ambiente desestructurado. Desde esta perspectiva, es la falta de enseñanza de la regulación del comportamiento violento de los niños durante los primeros años la que conduce a la miseria, mucho más claramente que la miseria conduce a la violencia.

Referencias bibliográficas

- Bandura, A. (1973). *Aggression: A social learning analysis*, New York, Holt.
- Björkqvist, K., Österman, K. y Kaukiainen, A. (1992). The development of direct and indirect aggressive strategies in males and females, en K. Björkqvist y P. Niemelä (eds.), *Of mice and woman: Aspects of female aggression*, Toronto, Academic Press, p. 51-64.
- Cairns, R.B., Cairns, B.D., Neckerman, H.J., Ferguson, L.L. y Gariépy, J.L. (1989). Growth and aggression: 1. Childhood to early adolescence, *Developmental Psychology*, vol. 25, p. 320-330.
- Cairns, R.B., y Cairns, B.D., (1994). *Life lines and risks: Pathways of youth in our time*, New York, Cambridge University Press.
- Cranston, M.W. (1991). *The noble savage: Jean-Jacques Rousseau, 1754-1762*, Chicago, University of Chicago Press.
- Cummings, E.M., Iannotti, R.J. y Zahn-Waxler, C. (1989). Aggression between peers in early childhood: Individual continuity and developmental change, *Child Development*, vol. 60, p. 887-895.
- Choquet, M. (1996). La violence des jeunes : Données épidémiologiques, en C. Rey (ed.), *Les adolescents face à la violence*, Paris, Syros, p. 51-63.
- Dishion, T.J., McCord, J., y Poulin, F. (1999). « Iatrogenic effects in early adolescent interventions that aggregate peers », *American Psychologist*, vol. 54, p. 755-764.
- Dobkin, P.L., Tremblay, R.E. Mâsse, L.C. y Vitaro, F. (1995). Individual and peer characteristics in predicting boys' early onset of substance abuse: A seven-year longitudinal study, *Child Development*, vol. 66, p. 1198-1214.
- Elliott, D.S., Huizinga, D. y Ageton, S.S. (1985). *Explaining delinquency and drug use*, Beverly Hills (CA), Sage.
- Ellis, L. y Coontz, P.D. (1990). Androgens, brain functioning, and criminality: The neurohormonal foundations of antisociality, en L. Ellis y H. Hoffman (eds.), *Crime in biological, social and moral contexts*, New York, Praeger, p. 162-193.
- Farrington, D.P. (1987). Early precursors of frequent offending , en J.Q. Wilson y G.C. Loury (eds.), *From children to citizens* (vol. III). *Families, schools and delinquency prevention*, New York, Springer-Verlag, p. 27-50.
- Farrington, D.P. (1994). Childhood, adolescent, and adult features of violent males, en L.R. Huesmann (ed.), *Aggressive behaviour: Current perspectives*, New York, Plenum Press, p. 215-240.
- Haapasalo, J. y Tremblay, R.E. (1994). Physically aggressive boys from ages 6 to 12: Family background, parenting behaviour, and prediction of delinquency, *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, vol. 62, p. 1044-1052.
- Hay, D.F. y Ross, H.S. (1982). The social nature of early conflict, *Child Development*, vol. 53, p. 105-113.
- Hobbes, T. (1958). *Leviathan*, Indianapolis, IN, Liberal Arts Press.
- Hobbes, T. (1647/1998). *De Cive*. New York: Cambridge University Press.
- Huesmann, L.R., Eron, L.D., Lefkowitz, M.M. y Walder, L.O. (1984). Stability of aggression over time et generations, *Developmental Psychology*, vol. 20, p. 1120-1134.
- Huesmann, L.R. y Miller, L.S. (1994). Long-term effects of repeated exposure to media violence in childhood, en L.R. Huesmann (ed.), *Aggressive behaviour: Current perspectives*, New York, Plenum Press, p. 153-186.
- Keenan, K. y Shaw, D.S. (1994). The development of aggression in toddlers: A study of low-income families, *Journal of Abnormal Child Psychology*, vol. 22, p. 53-77.
- Loeber, R. y Stouthamer-Loeber, M. (1998). Development of juvenile aggression and violence. Some common misconceptions and controversies, *American Psychology*, vol. 53, p. 242-259.
- Mischel, W., Shoda, Y., y Rodriguez, M.L. (1989). Delay of gratification in children, *Science*, vol. 244, p. 933-938.
- Moffitt, T.E. (1993a). Adolescence-limited and life-course persistent antisocial behaviour: A deve-

- developmental taxonomy, *Psychological Review*, vol. 100, p. 674-701.
- Moffitt, T.E. (1993b). The neuropsychology of conduct disorder, *Development Psychopathology*, vol. 5, p. 135-151.
- Montreal Gazette, (1993). Killing of child shocks Britain: Brutal slaying sparks anger and soul-searching, February 18, p. B-5.
- Nagin, D. y Tremblay, R.E. Trajectories of boys physical aggression, opposition, and hyperactivity on the path to physically violent and non violent juvenile delinquency, *Child Development*, vol. 70, 1999, p. 1181-1196.
- Patterson, G.R., DeBaryshe, B.D. y Ramsey, E. (1989). A developmental perspective on antisocial behaviour, *American Psychologist*, vol. 44, p. 329-335.
- Restoin, A., Montagner, H. y Rodriguez, D. et al. (1985). Chronologie des comportements de communication et profils de comportement chez le jeune enfant, en R.E. Tremblay, M.A. Provost y F.F. Strayer (eds.), *Éthologie et développement de l'enfant*, Paris, Éditions Stock/Laurence Pernoud, p. 93-130.
- Rosenblatt, R., (2000). The killing of Kayla, *Time*, March, p. 16-19.
- Ross, H.S. y Goldman, B.D. (1977). Infants' sociability toward strangers, *Child Development*, vol. 48, p. 638-642.
- Rousseau, J.J. (1762/1979). *Émile or On education* (New York: Basic Books).
- Rubin, K.H., Fein, G.G. y Vandenberg, B. (1983). Play, en P.H. Mussen (ed.), *Handbook of child psychology*, New York, Wiley, p. 693-774.
- Saint Augustine, (1960). *Confessions*, New York: Doubleday, pp. 49-50.
- Serbin, L.A., Peters, P.L., Mc Affer, V.J., y Schwartzman, A.E. (1991). Childhood aggression and withdrawal as predictors of adolescent pregnancy, early parenthood, and environmental risk for the next generation, *Canadian Journal of Behavioral Science*, vol. 23, p. 318-331.
- Serbin, L.A., Schwartzman, A.E., Moskowitz, D.S. y Ledingham, J.E. (1991). Aggressive, withdrawn and aggressive-withdrawn children in adolescence: Into the next generation, en D. Pepler y K. Rubin (ed.), *The development et treatment of childhood aggression*, Hillsdale (N.J.), Lawrence Erlbaum, p. 55-70.
- Stattin, H. y Klackenber-Larsson, I. (1993). Early language and intelligence development and their relationship to future criminal behaviour, *Journal of Abnormal Psychology*, vol. 102, p. 369-378.
- The Gazette*, (1994). *Just like the Ninja Turtles: Networks cancel kids' program after Norwegian girl, 5, is stoned to death*, October 19, p. A-14.
- Tremblay, R.E., Boulerice, B., Junger, M. y Arseneault, L. (1995). Does low self-control during childhood explain the association between delinquency and accidents in early adolescence?, *Journal of Criminal Behaviour and Mental Health*, vol. 5, p. 330-345.
- Tremblay, R.E., Boulerice, B. y Harden P.W. et al. (1996). Do children in Canada become more aggressive as they approach adolescence?, en Human Resources Development Canada, *Growing up in Canada: National Longitudinal Survey of Children and Youth* (Ottawa: Statistics Canada), pp. 127-137.
- Tremblay, R.E., Mâsse, L.C., Pagani, L. y Vitaro, F. (1996). From childhood physical aggression to adolescent maladjustment: The Montréal Prevention Experiment, en R.D. Peters y R.J. McMahon (eds.), *Preventing childhood disorders, substance abuse and delinquency*, Thousand Oaks (CA), Sage, p. 268-298.
- Tremblay, R.E., Japel, C., Pérusse, D. et al. (1999). The search for the age of «onset» of physical aggression: Rousseau and Bandura revisited, *Criminal Behaviour and Mental Health*, vol. 9, p. 8-23.
- Vitaro, F., Tremblay, R.E., Gagnon, C. y Boivin, M. (1992). Peer rejection from kindergarten to grade 2: Outcomes, correlates, and prediction, *Merrill-Palmer Quarterly*, vol. 38, p. 382-400.